

1007

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de la Universidad
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

bierno, alegando ser ellos los tenientes legítimos por la destitución de Arriaga y Brambila.

En junio de 1730 entregó el gobierno a don Bernardino de Meneses, conde de Penalva,⁶³ regresando a la ciudad de México donde fijó su residencia, en la calle de los Donceles,⁶⁴ dedicándose al comercio. Murió allí el 13 de mayo de 1736.⁶⁵

Fue casado con doña Feliciania Dionisia de Castro, quien le sobrevivió hasta 1743, y de quien hubo a sus hijos Pedro, Gabriel, Ignacia, Ana, José, María, casada con Miguel de Morales, y sor Ana de los Dulces Nombres, religiosa de San Bernardo de México.⁶⁶

En su testamento, otorgado en la víspera de su muerte ante Juan Antonio de Arroyo, escribano real,⁶⁷ mandó se dijese mil misas por su ánima y que su cuerpo fuese enterrado en la iglesia de San Francisco, como se ejecutó.

⁶³ Id. nota 7.

⁶⁴ MS. Cuenta del albaceazgo de Da. Feliciania de Castro, AGN, Civil, t. 48, exp. 8, 1753, 85 fs.

⁶⁵ Archivo del Sagrario Metropolitano, Catedral de México, Entierros, 1736, f. 121 v.

⁶⁶ Id. nota 64.

⁶⁷ *Ibid* nota 65, Testamentos, lib. 5, mayo de 1736.

LA REPÚBLICA EN RUTA HACIA EL NORTE

JOSÉ P. SALDAÑA

Cronista de Monterrey

Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

ENTRE LOS ACONTECIMIENTOS de mayor alcance político-militar, acaecidos pasado el primer año de la Intervención Francesa, ocupa lugar preeminente la evacuación de la ciudad de México por el Gobierno Republicano.

El hecho en sí mismo tenía una especial significación para los intervencionistas y para los republicanos. Los primeros, al entrar sin resistencia a la ciudad de México, consideraron haber logrado un triunfo de gran alcance, máxime cuando las aclamaciones de los reaccionarios, las flores arrojadas por las damas "bien", y el repique de las campanas, les formaban un especial ambiente de admiración.

En el otro sector, el más numeroso, pero al mismo tiempo el más disperso, las impresiones chocaban entre sí. Había quienes juzgaban catastrófica la salida de la ciudad de México de los Poderes Republicanos; menos extremistas otros, esperaban el desarrollo de los acontecimientos; y quienes sentían los ideales de la Patria, con la pasión de los convencidos, confiaban en que el triunfo se realizaría cualquiera que fuesen las alternativas de la guerra.

En tanto el Gobierno Republicano se instala en San Luis Potosí, procede hacer un análisis, aunque somero, de lo sucedido hasta entonces.

Antecedentes.

En el espíritu atormentado de los mexicanos, amantes de la integridad de la Nación, alentaba una esperanza en la victoria final, tomando como punto luminoso, de un pasado reciente, la certeza de que los mexicanos demostraron al mundo que podían vencer a los invasores, puesto que ya lo habían hecho el 5 de mayo de 1862.

Fortificado en la ciudad de Puebla el General Ignacio Zaragoza, esperaba el ataque formal del ejército francés, cuya fama lo acreditaba como invencible. El mando directo quedó a cargo de los Generales Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz, Lázaro Garza Ayala, Miguel Negrete, Juan Francisco Lucas, Mariano Escobedo, Antonio Alvarez, Ignacio de la Llave, Lamadrid, Santiago Tapia, Juan N. Méndez, Ignacio Mejía...

Sin complejos Zaragoza arengó a los soldados, y jefes y oficiales se dispusieron a retener sus posiciones así les costara la vida. El ambiente que se respiraba en todos los baluartes era de confianza.

El día 4 campaba la fuerza comandada por Lorencez en Amozoc, a muy corta distancia de Puebla. El día 5 situaba sus contingentes a la vista de los fuertes de Loreto y Guadalupe. Algo más de 5,000 franceses tenían la pretensión de apoderarse de la ciudad, según la opinión de Lorencez que no daba a las tropas mexicanas la capacidad combativa necesaria para contener el ímpetu y valentía de los veteranos que comandaba.

Los soldados mexicanos, en número también de 5,000, desde temprana hora estaban en sus puestos impacientes por entrar en contacto con el enemigo. Existía entre ellos una especie de euforia por combatir proveniente de la confianza que les inspiraban los jefes. Entre éstos a su vez existía la unidad requerida y la subordinación plena a la autoridad del General en jefe, en quien reconocían pericia, don de mando y valor a toda prueba.

La arenga del General Zaragoza mantenía muy en alto la moral de jefes y soldados. Sus palabras resonaban en los pechos de todos: "Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero nosotros defendemos nuestra patria, y lograremos la victoria. ¡Viva la independencia nacional!"

Por fin a las diez de la mañana una columna de franceses, integrada por 4,000 soldados, se lanzó a paso veloz sobre el fuerte de Guadalupe, en tanto que por el frente se efectuaba una maniobra con 1,000 hombres, más que para combatir con el propósito de distraer a los mexicanos.

Pero Zaragoza había preparado la defensa sin descuidar detalle alguno. Como advirtiera que Lorencez cargaba el grueso de sus contingentes sobre el fuerte de Guadalupe, advirtió al General Miguel Negrete, que guarnecía el fuerte de Loreto, estuviere alerta para cooperar en el momento oportuno, con el General Juan N. Méndez.

La avalancha de los franceses parecía incontenible. Con decisión y bizarría acometieron a las tropas mexicanas. Poseídos de su superioridad estratégica y de su arrojo, pensaron en arrollar fácilmente a los soldados mexicanos. Se equivocaron rotundamente. Avanzaron hasta donde los jefes mexicanos habían previsto, y de pronto las fuerzas de Méndez y de Negrete abrieron el fuego en forma compacta, ocasionando un revés a los franceses cuya magnitud los

obligó a replegarse a su base de operaciones. Todo ello sucedió en el término de dos horas.

La primera jornada significaba un triunfo de las fuerzas republicanas. Zaragoza recorría las líneas de combate sin descanso, dando instrucciones y arengando a los soldados. La moral se mantenía elevada, llegando a la exaltación al obligar a los franceses a retroceder.

Siguieron dos asaltos más sobre las mismas posiciones. Para Lorencez significaba la derrota un fracaso inconfesable, y se proponía triunfar a toda costa. Arengó con ardor a sus tropas recordándoles que la victoria era su compañera en donde quiera que combatieran, que en esa ocasión estaban obligados a tomar Puebla pasando sobre sus defensores, que no tenían ni el valor ni la experiencia de ellos. Recuerden, insistía, que cada uno de ustedes vale por cinco de esos soldados harapientos que se nos enfrentan. ¡Sobre ellos hasta exterminarlos!

Las palabras de aliento de Lorencez caían en terreno preparado. Respondieron los soldados franceses al atacar por segunda y tercera vez con bravura digna de mejor causa. A pesar de las bajas que les infligían los republicanos insistían en olas continuas de ataque.

Todo esfuerzo de los asaltantes resultó infructuoso. Los republicanos, con igual valor y tenacidad combatieron sin permitir que avanzaran.

Para las cuatro de la tarde la acción se había decidido a favor de los republicanos. Sin embargo Zaragoza había dispuesto cubrir con nuevos contingentes las bajas sufridas, pues suponía que a pesar de todo insistiría Lorencez en un nuevo asalto.

En efecto se estaban reorganizando las columnas invasoras para intentar otro asalto, cuando una lluvia torrencial cubrió el campo de operaciones. Serían como las cinco de la tarde, el ambiente se oscureció y el granizo cubrió el terreno dificultando toda maniobra. Este argumento contundente convenció a Lorencez que nada tenía ya que hacer.

Más de mil bajas en las filas francesas, entre muertos y heridos, constituían el patético argumento de su derrota. La lluvia los salvó de un escarmiento mayor. Habían perdido más del 20% de sus elementos activos.

Retrocedieron las fuerzas invasoras hasta Orizaba, siendo constantemente hostilizadas por tropas de Zaragoza. Dieron la espalda a la codiciada presa, con el espíritu compungido y las armas en rastra. En esta forma el triunfo definitivo de esa memorable batalla quedaba patente ante la conciencia nacional y la admiración del mundo.

Toda la nación mexicana vibró de entusiasmo. Las campanas de los templos lanzaron al aire repiques de triunfo. Ya se había probado que los mexicanos poseían las prendas necesarias de patriotismo para vencer.

Repercutió la noticia fuera de nuestro país. La incredulidad daba a la hazaña dimensiones universales. El tiempo confirmó la verdad de la epopeya, y se descubrió el semblante redondo, con sencillos anteojos, del Jefe Mexicano triunfante, que más parecía la figura de un seminarista que la de un veterano militar.

Con Zaragoza se ilustraban las cancillerías de todos los Gobiernos, y los intelectuales se nutrían de informaciones sobre su vida y la del jefe máximo, el indio adusto, de sangre zapoteca, de limpia estirpe, que de pastor había llegado por impulso propio a Presidente de México, el señor Licenciado don Benito Juárez.

Su nombre se pronunciaba con admiración y respeto. Los políticos de mayor cultura y más alta reputación de honestidad, proclamaban sus virtudes. Los Parlamentos de Francia y de España se ocuparon repetidamente de la tragedia que significaba para nuestro País la injustificada intervención armada de Francia. La tribuna de Francia fue escenario de las más violentas y apasionadas controversias. Voces autorizadas clamaban por la retirada de las tropas francesas en virtud de que se pisoteaban los derechos de un pueblo que deseaba gobernarse de acuerdo con sus principios, creencias y antecedentes históricos. Los Diputados franceses de la oposición concretaron sus argumentos en estos pensamientos: "La guerra en que se ha empeñado la Francia es injusta, intrínsecamente considerada. Ni la dignidad, ni el honor, ni los intereses de esa potencia, exigen lo que se ha hecho. Gérmenes de barbarie, no de civilización, están arrojando aquí de paso sus soldados, que volverán diezmados a su país, después de causar calamidades sin cuento, como ciegos instrumentos de los ambiciosos planes del déspota que los manda". Recoge la historia los nombres de los cinco Diputados que, exponiendo su posición, se enfrentaron al Pequeño Napoleón defendiendo la soberanía de México. Ellos son: Julio Favre, Ernesto Picard, Henón, Darimon y Ollivier. Agregamos al genio de todos los tiempos, Víctor Hugo, cuya pluma tajante escribió el nombre de Juárez con admiración y logró despertar en Francia, por medio de sus fulgurantes artículos, sentimientos de respeto por la soberanía de México.

En España, sintiéndose más cerca de nosotros, se comentaba la falta de congruencia entre los aspectos democráticos de que se hacía alarde en Francia y su conducta falsa al aceptar intervenir por medio de las armas, en los destinos de México.

Resonaron también voces de aliento para la causa republicana en los Estados Unidos del Norte, a pesar de su guerra intestina. Por cuanto a los pueblos hermanos de Centro y Suramérica, cada triunfo de las tropas me-

xicanas los llenaba de júbilo, y seguían con acentuado interés cuanto sucedía en México. En Colombia, por 1865 se pronunciaron entusiastas discursos en la Cámara de Diputados exaltándose la figura de Juárez, al grado de situarla como luminaria y guía de las Américas. Dos años después en forma Constitucional proclamó la República Dominicana a Juárez, Benemérito de las Américas.

Sin duda alguna la actitud de los mexicanos patriotas conmovía al mundo. Se tenía conocimiento de la precaria situación económica del Gobierno Republicano; de los sufrimientos del pueblo después de cuarenta años de continuas revoluciones, provenientes de la resistencia de las clases privilegiadas a perder sus ilegítimas prebendas; del cansancio natural de quienes deseaban paz y no la encontraban.

Estos signos negativos se convertían en positivas cualidades ya que, a pesar de todo, se continuaba luchando sin medir ni importar el poderío del enemigo.

Se explica así la existencia universal de una corriente de simpatía hacia México, hacia ese grupo de patriotas que con tanto entusiasmo defendían la soberanía nacional.

Las noticias aparecían en los periódicos, y el público, con marcadas simpatías las comentaba en las plazas públicas, las calles y los centros sociales del pueblo que cree en la libertad porque es producto generoso de su esfuerzo. De este ambiente alentador participaban las poblaciones de México, de uno a otro extremo.

Quedaban algunos refugios inmunes al influjo de la libertad, en los que la vanidad, alimentada por sangre azul de pastorela esperaba una oportunidad que le permitiera adquirir un título nobiliario, así fuese el de "camarera de la reina" o el de "caballerizo imperial".

No faltaban los desarraigados, los siempre amargados, que sin esperar ni desear un título, sin antecedentes de rango, ni de daño alguno en sus personas e intereses anhelaban el triunfo de los invasores, dispuestos a vivir como lacayos.

Cerca de un año hacía que la estrella del 5 de mayo brillaba con luz esplendorosa. Tiempo suficiente para justipreciar la categoría del triunfo republicano.

Quienes entendían de guerra medían la tardanza de la nueva embestida francesa en razón a los perjuicios recibidos; quienes pensaban en orden a sus bastardos intereses se resistían a aceptar la derrota en la proporción justa.

Pero el tiempo hablaba por sí mismo. Un año de miedo, de duda en su

propia fuerza, detenía a los franceses en Orizaba y Córdoba. Bien fortificados, como si de pronto se hubiesen cambiado los papeles, los agresores, que habían soñado en un desfile de gala desde Veracruz a México, después del 5 de Mayo, daban al ejército mexicano el mérito, cuando menos de igualdad, en valor y destreza.

De haber dispuesto el General Jesús González Ortega —Jefe del Ejército de Oriente, sustituto del inmortal Zaragoza, encargado de la defensa de Puebla—, de los elementos necesarios, no hubiera vacilado en emprender formales ataques a los centros de concentración de los invasores. Tuvo que resignarse a esperar la embestida del enemigo, a sabiendas de que opondría a las armas más modernas las deterioradas que integraban su arsenal.

La iniciativa quedó a merced de los franceses. Avanzaron en el momento que consideraron más oportuno. Cubrieron sus flancos en debida forma, y protegieron su retaguardia quizás con exceso; pero había a su disposición soldados más que suficientes, pertrechos de guerra y víveres en abundancia. Ya militaba con ellos el conservador Márquez, de triste memoria.

Frente a Puebla, la imponente fuerza integrada por 30,000 soldados, tomó los dispositivos de ataque: caballerías, infanterías, baterías de cañones, cuerpos de zapadores, brillantes armas que arrancaban chispas al sol, esperaban la orden de combate.

Dentro de la plaza, sin alardes de grandeza material, los soldados mexicanos habían recibido las dotaciones necesarias de parque, y en su espíritu anidaban las palabras de aliento de sus jefes que pedían morir antes que permitir un Gobierno extranjero.

Sorpresa tras sorpresa para los invasores. A pesar de su superioridad numérica; de las ventajas propias de las armas modernas; de la abundancia de parque y facilidades de abastecimiento de comestibles; a pesar de las facilidades para atender a los heridos; y no obstante escoger a discreción los lugares y la forma de ataque, siempre encontraron enconada resistencia, al grado de que el avance de hoy se convertía al día siguiente en retroceso.

¡Cuánto valor, cuánto don de sacrificio, cuánto amor a la Patria! Día a día disminuían los elementos bélicos y de subsistencia. Los racionamientos cada vez más reducidos: ahorrar parque en pleno combate, comer lo indispensable, resistir a pie firme, era la consigna.

Así transcurrieron sesenta y dos días sin que la plaza fuese tomada, como la arrogancia de los sitiadores lo había proclamado. Existía abundancia afuera, escasez que llegaba a la miseria adentro. Ni alimentos, ni parque, ni agua,

ni recursos para atender a los heridos y a los enfermos. La población civil sufría estoicamente a la par de la tropa. No existía posibilidad alguna de recibir auxilio, todos los intentos habían fracasado. La resistencia había llegado al límite de lo humano.

Llamó a consejo el General en Jefe, González Ortega. Propuso rendir la plaza en plan de sacrificio; pero salvando la dignidad de mexicanos y de soldados defensores de la soberanía nacional. Al día siguiente a las nueve horas cada soldado destruiría su fusil; los artilleros inutilizarían los cañones; los jefes y oficiales obrarían de acuerdo con sus convicciones; los soldados quedarían con la consigna de incorporarse a cualquier grupo de guerrilleros liberales. En esta forma, el famoso Ejército de Oriente, quedaría totalmente disuelto.

El programa se cumplió al pie de la letra. Los invasores entraron a Puebla pisando cadáveres y escombros. En el silencio imponente que imponía la heroicidad de los vencidos se convertía el triunfo de los franceses en la más triste cuanto inútil victoria.

La noticia de aquel extraordinario sacrificio, conmovió las fibras patrióticas de los mexicanos. Dolía la pérdida total de un ejército disciplinado; pero al mismo tiempo admiraba su temple, que convertía la derrota en la más limpia exhibición de patriotismo y sublime dignidad. Los mismos invasores respetaron aquella hazaña, considerándola como uno de los acontecimientos más heroicos de todos los tiempos.

Quedaba para los invasores libre el camino a la ciudad de México. No tenía sentido estratégico tratar de detenerlos. Calmadamente analizó Juárez la situación con sus Ministros acordando trasladar la capital a la ciudad de San Luis Potosí.

Se hicieron los preparativos con las precauciones que demandaba la delicada situación militar, supuesto que la mezquina victoria francesa, había inyectado entusiasmo entre los imperialistas mexicanos.

Las impresiones y el estado de ánimo de los patriotas mexicanos lo podemos captar en las siguientes expresiones del Licenciado José Ma. Iglesias, que aparecen en su Diario —mayo 31 de 1863.

“A fin de saber las condiciones que impondría el vencedor por casualidad, pasó el cuartel-maestre, General Mendoza, a entenderse con Forey. Consentía éste en la salida del ejército mexicano, con sus armas, banderas y todos los honores de la guerra con tal de que se situara en

el punto que se le designase, comprometiéndose a permanecer neutral en la presente lucha, en que se juega nada menos que los destinos de la patria. La propuesta fue desechada con un patriotismo digno de los mayores elogios.

Entonces se adoptó una resolución que bien merece la calificación de heroica y sublime, supuesta la imposibilidad de abrirse paso a viva fuerza. En la orden general del día 17, expedida a la una de la mañana, se mandó que de las cuatro a las cinco se rompiera todo el armamento, para que bajo ningún aspecto pudiera utilizarlo el invasor: que se inutilizaran todas las piezas de artillería, que se disolviera el ejército, manifestándose a los soldados que no quedaban excluidos de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron, sino antes bien, obligados a presentarse al supremo gobierno, para continuar defendiendo en torno suyo el honor de la bandera mexicana; que a las cinco de la mañana se tocaría parlamento y se izaría bandera blanca; y que a la misma hora se reunirían los generales, jefes y oficiales, en el atrio de catedral y palacio de gobierno, para rendirse prisioneros, sin pedir garantías de ninguna clase, por cuyo motivo se les dejaba en absoluta libertad para elegir lo que creyeran más conveniente a su propio honor y a sus deberes militares.

Acordadas estas disposiciones, a las cuatro de la mañana se pasó una comunicación oficial al general Forey, noticiándole que la plaza quedaba a sus órdenes y podía mandarla ocupar. 'No puedo, decía con lacónismo y nobleza el general en jefe de nuestro ejército, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V.E. que lo haría'.

El inesperado desenlace del sitio de la moderna Zaragoza, así como otros motivos muy importantes, no permitieron que se hiciese efectivo el proyecto de defender a México con todo el empeño deseado.

Publicóse, pues, un decreto en que, declarándose a San Luis Potosí capital interina de la república, se acordaba la traslación a ella de los supremos poderes. Al procederse con esta regularidad a un cambio que habría sido la muerte de un gobierno menos sólidamente constituido, se dejaba a los franceses con sólo las ventajas materiales de la ocupación de México, sin darles fuerza alguna moral, sin aumentar en nada el brillo de sus armas.

En la tarde del 31 de mayo salió de México el gobierno. Su marcha hasta San Luis Potosí fue una ovación no interrumpida, en que autoridades, fuerza armada, particulares y pueblo, se esmeraron en tributarle las más inequívocas demostraciones de aprecio y respeto".

¿Cuál sería la realidad? ¿Cabía la posibilidad de la rehabilitación de los liberales? ¿Se trataba del principio del fin? Franceses y reaccionarios olvidaban que un pueblo decidido a conservar su independencia es invencible.

PRIMERA ETAPA

SAN LUIS POTOSÍ

Instalado en San Luis Potosí el Gobierno Republicano el 9 de junio de 1863, procedieron de inmediato los Secretarios del Gabinete a comunicarse con los Gobernadores de los Estados, a fin de mantener en alto la moral de los servidores de la Nación, y a la vez para poner en orden las diversas funciones oficiales.

Por su parte el Presidente de la República suscribió un manifiesto, haciendo relación de los sucesos más notables desde que se inició la guerra con Francia. Considera de vital importancia la unión de los mexicanos, condición indispensable para obtener el triunfo, en cuyo resultado se muestra más que optimista, seguro. La voluntad de Juárez, inquebrantable, se refleja en su escrito. No existe en él duda alguna en la victoria, que ha de producir su regreso a la Capital, para que, de nueva cuenta, la bandera nacional presida desde lo alto del Palacio Nacional, la vida libre y soberana de México.

Entre tanto el servicio confidencial del Gobierno informaba sobre los sucesos que se desarrollaban en la ciudad de México, las fuerzas francesas al mando del General Forey, hicieron su espectacular entrada el día 10 de junio.

Dio realce al suceso la participación activa de los recalcitrantes reaccionarios, especialmente de los que, sin exponerse a los riesgos de la guerra, guardaban en sus hogares las joyas, las cruces, condecoraciones y títulos nobiliarios, que adquirieron en momentos semejantes de peligro para la Patria.

El grueso de los manifestantes fue reclutado entre los peones de las haciendas vecinas, los vagos y los curiosos.

La vanidad de Forey se refosiló con el Te Deum que se cantó en su honor en Catedral, las comisiones de bellas damas que le ofrecieron ramos de flores, los discursos empalagosos de los candidatos a empleos, prebendas y títulos de nobleza.

Los banquetes suntuosos suplieron en buena parte la falta de entusiasmo del pueblo. Había extrema curiosidad por ver de cerca a los primeros soldados del mundo, según pregón de los propios invasores. Pero pronto la des-

ilusión acabó con la curiosidad; pues los famosos soldados eran borrachos, mujeriegos y arbitrarios.

En un alarde de suficiencia Forey lanzó un manifiesto a la Nación en tono jactancioso. Más parecía el presidente de un país conquistado que el simple jefe de un ejército invasor.

Hablaba de la fusión de los partidos políticos, de establecer la libertad dentro del orden, el respeto a las propiedades y a las personas, anunciaba la desaparición de alcabalas, la justicia para todos, y, como sucede con esta clase de documentos demagógicos, agotaba las promesas.

Pero entre otras cosas, hacía el cargo de que en México el robo era cuestión tan generalizada que abarcaba a la mayor parte de la sociedad. Mencionaba la libertad de cultos, como algo que le agradaría al Emperador Maximiliano.

Se trataba de la primera actuación pública de Forey y la susceptibilidad de las clases privilegiadas se vio profundamente afectada. Ni aceptaban el título de ladrones, ni estaban de acuerdo en la libertad de cultos, ni les parecía bien que se respetara la posesión en manos de particulares de los bienes confiscados al Clero por el Gobierno Republicano.

Tratando Forey de darle un barniz de nacionalismo a la intervención designó treinta y cinco personas para integrar la Junta de Gobierno, la que a su vez nombró un triunvirato ejecutivo que debía gobernar al país en tanto, Maximiliano asumía el Poder. Quedó el triunvirato integrado por don Juan N. Almonte, el Arzobispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos y don Mariano Salas.

Algunos conservadores en quienes quedaba algo de dignidad, se negaron a colaborar con los intervencionistas. De los liberales que no pudieron salir de México, ninguno hizo causa común con el flamante gobierno, y el pueblo en general, cada vez más decepcionado, se irritaba cuando en público era azotado algún mexicano, y ésto sucedía con frecuencia. Una simple denuncia era suficiente para el castigo, que en repetidas ocasiones producía la muerte del reo.

En la amplitud del territorio nacional se producían, después multitud de episodios significativos de profunda desorientación. Los sucesos colocaban la situación militar en difíciles condiciones, lo que se agravaba por la falta de conocimiento exacto de los hechos, dada la dificultad en las comunicaciones.

Esto originó divisiones entre muchos jefes liberales, lo mismo en el norte,

que en el centro y sur del país. Su origen inmediato procedía de la falta de un caudillo, o jefe, que por sus méritos reuniera a su alrededor a los descontentos, fenómeno que fue superándose a medida que el tiempo pasaba.

Lo extraordinario es que, a pesar de los altercados locales, con las excepciones del caso, se mantuvo en todas partes firme el espíritu de lucha por la independencia nacional.

Procede, para satisfacción de los norteños, mencionar el hecho significativo de la participación guerrillera del General y Licenciado Lázaro Garza Ayala, en el Estado de Puebla. En estrecha acción con los Generales José Ma. Maldonado, Juan N. Méndez, Juan Crisóstomo Bonilla, Juan Ramírez y Juan Francisco Lucas, mantienen en jaque a franceses y conservadores en Zaca-poxtla, Chignahuapan, Aquixtla, Xochitlán, Apulco, Tezuitlán y numerosas poblaciones más.

También el General Mariano Escobedo participó activamente durante 1863, combatiendo bajo el mando del General Porfirio Díaz en Oaxaca, Puebla, Morelos y Estado de México. Al frente de la Legión del Norte, de Lanceros de San Luis y de Carabineros de Morelos dio ejemplo de disciplina, valor y capacidad combativa. Su actuación brillante sirvió al General Díaz para significarse como el más capacitado para asumir la jefatura del movimiento republicano en el sur, lo que logró, ganando la causa liberal en fuerza y unidad. En esas memorables campañas lo siguieron entre otros Nuevoleoneses distinguidos los Generales Jerónimo Treviño y Pedro Martínez.

Situación semejante se producía en el interior del país y en el norte. Sobre todo en esta última región. Chihuahua, Sonora y Baja California mantenían en pie de guerra magnífica fuerza combativa liberal, y dada la distancia que los separaba de la ciudad de México, se veía lejano el día en que fuesen atacados.

Cosa distinta ocurría en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Era la ruta que seguiría Juárez con su séquito oficial, codiciada por los franceses, por su proximidad con los Estados Unidos del Norte, proveedores potenciales de víveres y armas.

La figura más destacada de la época en el noreste era la de don Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León y Coahuila. Había logrado conquistar un gran prestigio por su habilidad para reclutar gente y formar militares, que sin estudios académicos, llamaban la atención por su valor, acometividad y dotes estratégicos, como los Generales Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Pedro Martínez, Lázaro Garza Ayala... y además por su audacia al disponer de los recursos de las aduanas, y de los impuestos federales, a pretexto de que todo lo dedicaba al sostenimiento de las tropas.

No estaba alejado de la realidad. Las duras campañas de la Guerra de

la Reforma, en que con tanta brillantez participaron las fuerzas fronterizas organizadas por Vidaurri, se mantenían en buenas condiciones gracias a esas extraordinarias exacciones.

Mareado por los éxitos y el incienso quemado en su honor por algunos encumbrados políticos, como don Guillermo Prieto, y don Ignacio Altamirano, soñando en convertirse en árbitro de los destinos del país, fue cambiando su posición ideológica en forma radical.

La actitud arrogante de Vidaurri producía en Juárez una profunda contrariedad. Sin embargo por todos los medios a su alcance trataba de solucionar las dificultades, máxime cuando, acosado por el enemigo, forzosamente tenía que seguir la ruta trazada, introduciéndose en los terrenos dominados por el cacique.

No era Juárez de los que retroceden ante las dificultades. En el caso de Vidaurri había concedido, contra su íntimo sentir, facilidades que se oponían al orden y a los intereses de la federación, todo por evitar un rompimiento que consideraba de suma gravedad.

SEGUNDA ETAPA

SALTILLO

En tanto los imperialistas avanzaban al sur y al interior del país, los republicanos hacían desesperados esfuerzos por mantener en alto la moral de las tropas. La multiplicación de guerrillas, si por una parte servía para hostilizar al enemigo, por la otra no permitía realizar acciones de armas de alguna importancia.

Ante este panorama transcurría el tiempo. Para Juárez todo se resolvería favorablemente tan luego se pudiesen proporcionar armas y parque a los republicanos. Pero no todos los elementos que lo habían seguido hasta San Luis Potosí pensaban en la misma forma.

Habían pasado seis meses desde que el Gobierno Republicano se instaló en esa ciudad. Las perspectivas no eran apropiadas para continuar allí, ya que los ejércitos reaccionarios y franceses se habían apoderado de las principales ciudades del interior, como Querétaro, Guanajuato, Morelia, León, Guadalajara y Aguascalientes y el General Comonfort había muerto en una emboscada cerca de Querétaro.

No faltaba acción a los republicanos; pero la adversidad se empeñaba en negarles la oportunidad del triunfo.

Resuelta la salida de San Luis Potosí, por la proximidad de fuerzas enemigas, especialmente las de Mejía, que se hacían ascender a varios miles de

soldados, se dispuso la evacuación a las cuatro de la tarde del día 22 de diciembre. Se hicieron veintiún salvas de cañón, en tanto Juárez y su comitiva tomaba el rumbo del norte.

Seis días después se autorizó al General Negrete para que atacara la plaza de San Luis ya en posesión de Mejía. El encuentro fue sangriento con grandes pérdidas para ambas partes, resultando frustrado el asalto. Con sus tropas maltrechas Negrete se incorporó a la columna de Juárez.

Por esos mismos días tuvo Juárez conocimiento de la batalla sostenida por el General Uruga en contra de Márquez que se había atrincherado en Morelia. También las fuerzas republicanas perdieron esta acción.

Todavía Juárez, con la esperanza de conseguir alguna victoria de importancia, caminaba lentamente, considerando la posibilidad de regresar a San Luis; pero los últimos reveses lo decidieron a seguir hasta Saltillo.

Después de diecisiete días de continuo caminar a través de sierras, interminables desiertos, e incontables dificultades, el abigarrado tren, compuesto de coches, carros con provisiones e impedimenta, cañones, caballerías y cuanto es menester para una emergencia de guerra, hizo su entrada a la ciudad de Saltillo el día 9 de enero de 1864.

Puede calificarse de aciago el año de 1863 para la suerte de la República. Al iniciarse 1864 los síntomas indicaban que no sería el nuevo año menos desventurado.

En Saltillo los Poderes legales del país se veían ante una perspectiva negra, fatal. Don Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León y Coahuila, acentuaba su actitud hostil contra Juárez. Toda medida acordada por el Gobierno Federal encaminada a poner en orden la hacienda pública de esos Estados, era rechazada abiertamente por el cacique. No aceptaba intromisiones en lo que consideraba correspondía a su autoridad, y contestaba con actos que bien pueden calificarse de rebeldía.

A pesar de todo, y con la finalidad de hacer un último intento para acabar con aquella anárquica situación, Juárez y sus Ministros acordaron ir a Monterrey.

El día 10 de febrero en la mañana se emprendió la marcha, antecediendo a los funcionarios la división Guanajuato a las órdenes del General Doblado. Al obscurecer llegó la Comitiva a Santa Catarina, en donde se conocieron algunos graves incidentes.

Detuvo el General Doblado su fuerza en este pueblo, en atención a que Vidaurri le comunicó no estar en condiciones de proporcionar alojamiento a

la tropa. Se tuvo razón además de que por instrucciones de Vidaurri sus soldados se apoderaron de las piezas de artillería que el General Doblado había ordenado emplazar para hacer la salva en honor a la llegada del Presidente de la República. Los artilleros fueron apresados.

A pesar de todo se dispuso seguir adelante, dándose las instrucciones del caso al General Doblado. La noche del día 11 la pasaron los funcionarios en la quinta del señor López y a las once horas del día 12 hizo Juárez y su comitiva la entrada a la ciudad. Llovía copiosamente y sin embargo el pueblo recibió con entusiasmo a Juárez. El Ayuntamiento envió una comisión a saludarle y presentarle sus respetos. En cambio Vidaurri no hizo manifestación alguna.

A los tres días de permanencia del Gobierno en Monterrey, sin indicación alguna de parte de Vidaurri para allanarse a un cambio de impresiones con Juárez, y en atención a que no se contaba con los elementos necesarios para someterlo al orden, se dispuso el regreso a Saltillo.

En el momento en que Juárez se disponía a ocupar su coche se presentó Vidaurri solicitando una entrevista. Se le concedió, siendo su arrogancia tan altanera, que Juárez dio por terminado todo vínculo amistoso con quien había faltado a los más elementales deberes de cortesía, y aún se mostraba con la altivez del que se considera merecedor de toda clase de honores.

Las fuerzas de Doblado ya habían emprendido la marcha y Juárez quedaba en situación comprometida. Terminó el violento diálogo y se retiró convencido de que nada quedaba ya por hacer para retener en el cumplimiento de sus deberes a quien había decidido cambiar el rumbo de su vida.

Vuelto Juárez a Saltillo se enfermó de gravedad recuperándose pronto gracias a su magnífica constitución física.

Su problema más importante lo constituía la actitud rebelde de Vidaurri. Procedió en consecuencia a dictar las disposiciones del caso: decretó la separación de Coahuila de Nuevo León, y el estado de sitio de ambas Entidades; ordenó que la Aduana de Piedras Negras dependiera directamente de la Federación. Envió varias circulares a las autoridades municipales para que no obedecieran las instancias de Vidaurri, que pretendía se efectuara un plebiscito para que los ciudadanos votaran por la República o por el Imperio; requirió refuerzos de González Ortega para marchar sobre Monterrey; se comunicó con los Jefes militares de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, poniéndolos al corriente de la situación creada por Vidaurri logrando la adhesión de todos, con excepción del Coronel Julián Quiroga.

Ante el pesimismo de algunos funcionarios civiles y militares, Juárez, sin asomo alguno de temor, emprendió nuevamente la marcha sobre Monterrey a donde llegó el 3 de abril. Incapaz Vidaurri de enfrentarse a las fuerzas federales, huyó a los Estados Unidos del Norte acompañado de Quiroga. Dispersaron a los soldados con la consigna de que guardarán las armas; pues esperaban regresar pronto.

Monterrey fue para Juárez un relativo remanso. Pudo atender en lo posible a su abnegada esposa y a sus hijos, hizo algo de vida social, a pesar de que la tempestad amenazaba por todas partes acabar con su Gobierno.

La presión militar de franceses y reaccionarios lo obligaron a dejar Monterrey el día 15 de agosto, cuando ya Quiroga amagaba la ciudad. Chihuahua era su destino, tomando el rumbo de Parras. Antes envió su familia a los Estados Unidos; no era posible ya exponerla a una expedición de larga duración y peligrosa.

A pesar de todo, el 15 y el 16 de septiembre, celebró el fausto acontecimiento con fiestas en las haciendas de la Noria de Pedriceña y en el Sobaco. Cohetes, bailes, y discursos a cargo del Lic. José Ma. Iglesias y de don Guillermo Prieto.

Como el camino a seguir era accidentado y de grandes riesgos resolvió Juárez dejar en lugar seguro el voluminoso archivo oficial. Quedó a cargo de un grupo de patriotas en el poblado El Gatuño, del municipio de Matamoros, Coah.

El Maestro de Maestros don Justo Sierra, a esta altura de la tragedia dice: "Las fuerzas de Juárez agotaban el último aliento en marchas y contramarchas penosísimas. El 21 fueron desastrosamente aniquiladas en la acción de Majoma, a la que siguió la dispersión. La República había terminado. Cinco días después el Gral. Tomás Mejía se apoderaba de Matamoros, en donde se habían producido vergonzosas disensiones".

Habría que agregar a esta serie de calamidades la desertión en Jalisco del General José López Uruga, que con tanto empeño venía luchando por la República. Liberales también, como López Portillo y Alvarez del Castillo influyeron para reconocer a Maximiliano como Emperador. ¿Qué quedaba de la República, si su Presidente, casi solo, se perdía en el desierto del norte?

Mientras Juárez en polvosas y escondidas haciendas de Durango festejaba el 15 y 16 de septiembre, Maximiliano, en su carácter de Emperador de México, celebraba ruidosa y espectacularmente el mismo acontecimiento en Dolores Hidalgo, cuna del grito emancipador. Con él asistía al acto su primer Ministro liberal don José Fernando Ramírez, ostentando el recuerdo de su actuación como Ministro reformista en el Gabinete de Gómez Farías.

La adversa suerte hacía creer en el desastre definitivo del orden Constitucional, y si no todos, muchos liberales prudentemente se retiraban a la vida privada, y otros, menos precavidos, se adherían sin rubor al Imperio.

Seguía sin embargo caminando por el desierto el indio imposable Benito Juárez, acompañado por una fracción leal de soldados, y por un grupo pequeño de intelectuales, que veían en Juárez algo tan grande, tan excepcional, que no dudaban en el milagro que para Juárez era seguro, el del triunfo definitivo de la República.

Así caminaban largas jornadas por extraviados caminos, iluminados por la clarividencia de un hombre, de pequeña estatura, de rasgos macizos, de tez bronceada, que hablaba poco, y así se le cayera el cielo encima y se apagara el sol, seguiría adelante, alumbrándose con el fuego interior de su espíritu. Por fin tras privaciones sin cuento, molidos los cuerpos por las sinuosidades de las primitivas carreteras, llegaron a la ciudad de Chihuahua el día 12 de octubre de ese terrible año de 1864.

CUARTA ETAPA

CHIHUAHUA

Ya podía Juárez meditar sobre los proyectos a seguir. Estaría cuando menos por un período de seis meses al abrigo de un ataque del enemigo. El General Luis Terrazas, Gobernador del Estado, garantizaba con sus fuerzas una positiva seguridad, muy apreciable en aquella época, y el General Roberto Pesqueira, Gobernador de Sonora, constituía una reserva de gran aliento.

Cuanto más se aleja Juárez del centro del país, más aumentan las dificultades para obtener noticias. Se sabe que en el sur, a pesar de las dos expediciones enviadas por el llamado Imperio, expediciones integradas por más de diez mil hombres cada una, los republicanos, en línea progresiva, controlan mayor número de poblaciones tanto en Puebla, como en Oaxaca, Chiapas y Veracruz.

Con todo éxito operan en esas regiones los Generales Félix Díaz, Diego Alvarez, Juan N. Alvarez, Fernando Ortega, Juan Francisco Lucas, Juan Ramírez, Alejandro García y haciendo cabeza sobre estos y otros jefes, el General Porfirio Díaz.

En el centro y costa del pacífico mantienen a los franceses y reaccionarios en constante alarma, los Generales Carlos Salazar, Nicolás Régules, Ramón Corona, Nicolás Romero, Vicente Riva Palacio, Felipe B. Berriozábal, Antonio Rosales, José Ma. Patoni, Jesús González Ortega, Anacleto Herrera y Cairo, Anastacio Parrodi, Santos Degollado, Amado Antonio Guadarrama, Francisco A. Vélez...

En el noreste la situación aparece también favorable, a pesar de defecciones como la de Cortina e Hinojosa. Aumentan sus contingentes y actividades

guerreras, Mariano Escobedo, Miguel Negrete, Sóstenes Rocha, Pedro Martínez, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Lázaro Garza Ayala, Pedro F. Méndez, Servando Canales, Juan J. de la Garza, Ruperto Martínez, Andrés S. Viesca, Ildefonso Fuentes, Francisco Aguirre, Albino Espinosa, Juan Doria, Joaquín Garza Leal y J. M. Carvajal. En términos generales el maleficio que acompañó al año de 1864, para terminar, ha venido desapareciendo. Si agregamos las esperanzas de los republicanos, en el triunfo de las fuerzas del norte de los Estados Unidos sobre las del sur, en la tremenda guerra civil de separación que inundaba de sangre al país, entonces la racha favorable aumentaría con las facilidades que seguramente daría Lincoln para la importación de armas, municiones y comestibles.

Y como el año turbulento, difícil, del 64, estaba por expirar, veamos cómo la pluma brillante del mismo Licenciado Iglesias lo despide: "Si el pasado envuelve a la vez dichas y dolores, si en el presente abundan las calamidades; el porvenir, rico en esperanzas, nos anuncia el desenlace deseado y feliz de la segunda guerra de nuestra independencia, 1864 muere en estos momentos: 1865 nace lleno de mil promesas halagüeñas".

La videncia de un iluminado puede, en muchas ocasiones, más que la fuerza bruta, porque el aliento del espíritu y la luz del ideal, penetran en las conciencias de los individuos y los convierten en aliados convencidos.

A las noticias halagadoras recibidas por Juárez durante los primeros meses del 65 había que agregar las negativas a Maximiliano.

Su distanciamiento radical con el Clero, en virtud de las disposiciones dictadas en que, virtualmente, reconoce como convenientes para el país la mayor parte de las Leyes de Reforma; la apremiante situación económica sin posible solución satisfactoria; las numerosas derrotas sufridas por las tropas francesas y reaccionarias; las insurrecciones en gran número de poblaciones aparentemente sometidas al Imperio; la constante desertión de jefes militares mexicanos que han vuelto a combatir por la República; la noticia proveniente de Francia sobre la salida del país de diez mil soldados franceses; la animadversión del Gobierno Norteamericano que preside Lincoln contra el propio Maximiliano...

De estas y otras muchas circunstancias adversas la situación de Maximiliano puede calificarse justamente de difícil, en momentos en que, para la causa que encabezaba Juárez, los signos la favorecían en todos los aspectos.

QUINTA ETAPA

PASO DEL NORTE

Para los imperialistas, franceses y mexicanos, a medida que el Presidente de la República se retiraba de la Capital, lo tenían como signo de triunfo del imperio y de su consolidación. Sin embargo tal conjetura no tenía más base que la aparatosa situación de juzgar débil al que se aleja de una contienda, sin detenerse a considerar la categoría de esa persona y las razones fundamentales de lo que pudiera llamarse constantes huídas.

Cuando Juárez tuvo que abandonar la ciudad de Chihuahua para radicarse en Paso del Norte del mismo Estado, la excitación que esto provocó entre las filas imperialistas fue enorme y hasta Maximiliano se atrevió a declarar que había terminado definitivamente la República, pues Juárez, al internarse en los Estados Unidos, perdía toda categoría oficial.

Para los republicanos se trataba simplemente de medidas estratégicas, pues en tanto Juárez, que representaba la legalidad se retiraba del centro del país, las fuerzas imperialistas forzosamente se veían en el caso de dispersarse por todos rumbos para mantener, por lo menos en apariencia, el dominio militar en el país.

Teniendo conocimiento Juárez de que el General francés Brincourt había salido de Durango con dos mil hombres rumbo a Chihuahua, el día 30 de julio ordenó cuanto correspondía y el día 5 de agosto emprendió la marcha rumbo al Paso del Norte. Otra vez el calvario de los caminos sinuosos, carentes en su mayor parte de vegetación y de agua; pero las necesidades de la campaña así lo exigían y hubo que pasar nueve días más de tristes perspectivas para llegar al lugar determinado nueve días después.

Ya se tenía conocimiento en Paso del Norte de la llegada del señor Presidente de la República que fue recibido con las notas limpias de las campanas de las iglesias y con el entusiasmo de la población. En cuanto al General Brincourt se posesionó de Chihuahua sin combatir pues las fuerzas republicanas, aun cuando fuertes en número, no competían con el armamento de los franceses y prefirieron dejar la ciudad que exponerse a una derrota. En cambio organizaron guerrillas de manera de no permitir la salida de los franceses por ningún rumbo de la ciudad.

Juárez tuvo oportunidad en Paso del Norte de estar cerca de los Estados Unidos y conocer las alternativas de la guerra civil que sostenían los del norte y los del sur, alegrándose de que, prácticamente la guerra estaba ya dominada por los unionistas del norte, a cuyo frente se encontraba el Presidente Lincoln.

Desgraciadamente, poco después, fue asesinado Lincoln siendo substituído

por el General Johnson, quien siguió la misma línea de conducta de su antecesor en su propósito de mantener buenas relaciones con los republicanos, habiendo hecho declaración patética de sus simpatías por Juárez y su repulsa abierta en contra de Maximiliano. Siguió en el Gabinete de Johnson el Secretario de Estado que fungió en el gobierno de Lincoln, Mr. Seward, quien siempre se inclinó por la República Mexicana. Otros elementos amigos de México, como el General Ulises Grant, héroe de la unión, hacía declaraciones precisas a favor de la República Mexicana llamando la atención su prodigalidad en las palabras, cuando era bien conocida su abstención por todo cuanto significaba hablar en público. Y todavía más, el Presidente americano virtualmente reconoció al gobierno de la República de México al designar ante él al General John A. Logan como Ministro. Se trataba de uno de los más ameritados Generales de la Unión y amigo de la República Mexicana. Antes de su designación había declarado: "Por lo que a mí hace, creo que el establecimiento de Maximiliano en México forma parte de la rebelión contra este gobierno y que por eso los Estados Unidos deben decirle: ¡Ea, amigo, líe usted sus trapos y eche a andar!...". Por cuanto a Maximiliano, que a pesar de sus declaraciones ampulosas, no las tenía todas consigo, expidió un decreto con fecha 3 de octubre de ese mismo año de 1865 disponiendo que fuesen fusilados quienes participaran con las armas en la mano a favor de la causa republicana; que mediante una corte marcial se ejecutara la sentencia en el término de veinticuatro horas sin apelación ni recurso de ninguna clase. Más pronto de lo que el mismo Maximiliano imaginaba tuvo aplicación el draconiano decreto, pues el 13 del mismo mes de octubre fue derrotado por los imperialistas mexicanos, al mando del General Ramón Méndez, el General Republicano José Ma. Arteaga, cayendo prisionero así como el General Carlos Salazar y los Coroneles Díaz Paracho y Villagómez y el padre Mina. El General Méndez, considerando inhumana aquella Ley, pidió órdenes directas a Maximiliano quien contestó de inmediato disponiendo que se cumpliera al pie de la letra con su decreto. Sin dilación alguna procedió a fusilar a los patriotas prisioneros.

Este hecho enardeció a los liberales quienes respondieron con represalias semejantes lo que vino a provocar una situación contraria a la que esperaba Maximiliano, pues en lugar de atemorizar a los republicanos, los colocó en camino de la venganza. Se dio principio a una verdadera carnicería, que horrorizó a los mismos que la iniciaron, y los jefes imperialistas, empezaron a tratar con los republicanos el canje de prisioneros, lo que dio lugar a que continuaran en pie las reglas de la guerra. Para los republicanos aquello significaba el pleno reconocimiento de que actuaban en plan de altura como militares.

Durante ese mismo año de 1865 la guerra se extiende de uno a otro confín

del país, llegando a Chihuahua, por el Pacífico a Sonora y a Sinaloa, al sur a Oaxaca, Morelos y Guerrero, y por el sureste a Veracruz, Chiapas, Campeche y Yucatán. Las acciones se multiplicaban en todas partes y el destino marcaba las cartas a favor de la república, al grado de que pronto quedaron libres de expedicionarios imperialistas Yucatán, Campeche, Tabasco y Veracruz, y en cuanto a los demás estados día a día ganaban terreno los republicanos. En el norte vuelven a las filas republicanas los Generales Juan N. Cortina y Pedro Hinojosa, actuando con el valor que siempre se les reconoció. En Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León logran los republicanos triunfos muy sonados que hacen mella en la mente de los franceses, al grado de que no encuentran si retroceder o avanzar al norte, ya que el General Tomás Mejía en posesión de Matamoros se veía constantemente amagado por las fuerzas republicanas.

Se realizan en esa etapa una serie de acontecimientos militares y políticos. Entre ellos el regreso de Juárez el 13 de noviembre de 1865 a Chihuahua, por haberla abandonado los franceses, llegando a la ciudad el día 20; pero se vio forzado a regresar de nueva cuenta a Paso del Norte en atención a que el General Brincourt contramarchó por órdenes del General Bazaine. Se instala de nueva cuenta Juárez el 18 de diciembre de 1865 en Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez. Agrega a los Ministros que lo acompañan, Licenciados Sebastián Lerdo de Tejada y José Ma. Iglesias, al General Ignacio Mejía, como Secretario de Guerra.

Antes de salir de Chihuahua expidió Juárez un decreto fechado en noviembre 8 prorrogando las funciones del Presidente de la República en atención a la difícil situación por la que atravesaba el país, hasta en tanto pudiesen efectuarse elecciones populares. En la misma fecha prorrogó las funciones del Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación para que, en caso necesario, supliera la falta del Presidente de la República. Estos decretos, especialmente el primero, merecieron la réplica de algunos funcionarios, entre otros del General Jesús Ortega, quien, diciéndose Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, reclamaba el puesto de Presidente de la República, haciendo largas consideraciones sobre las inconveniencias que traería consigo la permanencia por más tiempo de Juárez en la Presidencia de la República. Se le contesta pormenorizadamente rebatiendo sus argumentos de carácter legal y moral, considerando que sería una cobardía abandonar la tarea que se había impuesto el Presidente de la República al abandonar su puesto en momentos tan críticos. Se da a conocer en todo el país este incidente, enviándose copias de lo actuado a los Gobernadores de los Estados y a los Jefes de Operaciones, quienes unánimemente enviaron su adhesión a Juárez, con excepción del General José Ma. Patoni, Gobernador de Durango, quien se comprometió con González Ortega.

Permaneció Juárez en Paso del Norte hasta el mes de junio de 1866. Durante el largo período que estuvo en ese lugar, sus atenciones se dividían entre las actividades de los republicanos dentro del país, las acometidas guerreras y verbales de los imperialistas, y las preocupaciones por conseguir armas y parque de que tanta urgencia tenían las fuerzas republicanas. Las facilidades que consideraba tener Juárez después de la victoria de los del norte en los Estados Unidos se vieron eclipsadas, pues en tanto que el gobierno norteamericano daba facilidades a comisiones que llegaban de México y de Francia en plan de compra de armas y parque para el llamado imperio de México, a los republicanos se les colocaba en posición discriminatoria con lo cual se producían situaciones enojosas entre Juárez y las autoridades norteamericanas. Con insistencia abordó esta cuestión Juárez significando su disgusto cuando en la vía diplomática se le reconocía como el único gobierno de México, y en cambio, en el plan de los hechos los resultados eran negativos. No fue sino hasta pasado algún tiempo cuando, sin que desaparecieran las dificultades pudo disponer de elementos combativos que enviaba tanto al noreste como al sur del país. En esta forma el ejército republicano fue colocándose en un nivel de igualdad en cuanto a parque y armas, con el ejército imperialista, lo que se tradujo en los notables y continuados éxitos de los republicanos.

Durante el año del 66 acentuaron los imperialistas sus retrocesos tanto en Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, como en Oaxaca, Guerrero, Morelos y Puebla, así como en Jalisco, Durango y Zacatecas, en cuya virtud estaba cercano el momento de la caída del aparatoso gobierno encabezado por Maximiliano.

Regresó Juárez a Chihuahua para continuar después al sur del país. Los hechos desarrollados durante 1866 y principios del 67 demuestran notoriamente que había dado resultado la estrategia adoptada, y podía advertirse que su retirada no obedecía a temor, pues de nueva cuenta se interna rumbo a San Luis Potosí, a sabiendas de que se combate en varios lugares de la ruta que ha de seguir; pero su presencia la considera necesaria en aquellas regiones y sin complejos sigue adelante.

Mi propósito al hacer este estudio sobre el largo recorrido de Juárez desde la capital de la República hasta Paso del Norte, queda realizado, y aun cuando la narración signifique un pálido reflejo de tan extraordinaria hazaña, es comprensible que no me extendiese en pormenores, pues hubiese alargado más de la cuenta lo que descaba fuese un breve relato.